

si he de irme con ellos a vencer o si he de quedarme para morir.

—Eso lo sabremos esta misma noche, o, a más tardar, mañana—contestó Rouletabille.

Y estrechándole la mano con premeditada energía, preguntóle:

—¿Estamos de acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Entonces llevamos mucho adelantado para salvarnos—dijo el repórter—. Cuando vaya con las tropas hacia Kirk-Kilissé y pase por aquí, no se olvide de nosotros.

El búlgaro le miró un momento de manera muy extraña, y luego dijo espaciadamente y con voz sorda:

—Habré cumplido ya mi deber para con mi patria. Por tanto, ya lo sabe usted, no tendré que pensar más que en Ivana.

Rouletabille levantó la cabeza como para recoger el desafío, pero pensó inmediatamente que aún no había llegado el momento de una explicación definitiva entre ellos respecto a Ivana. Lo mismo pensaría Atanasio, ya que no insistió. Se encontraban ambos exactamente en la misma situación de los países balcánicos: aliados para libertar una tierna cautiva ardientemente deseada por todos y que en secreto se prometían disputar con encarnizamiento después de la común victoria.

—¡Bajemos!—dijo Rouletabille—. ¡Ha llegado la hora de obrar!

CAPÍTULO XI

LAS MAZMORRAS DEL CASTILLO NEGRO

CUANDO Rouletabille y Atanasio entraron en la cámara donde el bueno de Priski estaba todavía tendido, atado y amordazado sobre la cama de La Candeur, éste y Vladimir parecían muy ocupados: el primero mirando su reloj (porque, según decía, se le hacía el tiempo largo) y el segundo descifrando un mapa del vilayeto de Andrinópolis, sobre la cual, según afirmaba, estudiaba el plan de las futuras operaciones. Rouletabille miró a ambos con severidad, porque recelaba que mentían. Pero aquella noche tenía algún quehacer aparte de escrutar el misterio de aquellos embustes. Y se fué directamente a Priski, a quien quitó ataduras y mordaza.

Atanasio, ignorante de que el mayordomo era prisionero de ellos, se alegró mucho del acontecimiento y dignóse felicitar a Rouletabille por haberse apoderado de un sujeto que no dejaría de serles útil.

A continuación Priski agitó la cabeza y tomó la palabra para decir:

—Celebro mucho, caballeros, que me hayan desembarazado de esa mordaza, no porque me ahogaba, sino

porque ello me permitirá hacer comprender a los señores el alcance de ese atentado contra mi persona. Ya han visto los señores que ni he resistido ni he intentado pedir auxilio; ya han visto, en suma, que he evitado causarles la menor contrariedad. De haber llamado yo, hubieran acudido y los señores tendrían que arrepentirse de este equívoco. Pero yo no soy una mala persona... Odio el delito y compadezco al delincuente... Además, estoy acostumbrado. ¿Acaso creían los señores que era la primera vez que mi cuerpo soportaba semejante entretimiento?... Pero nunca han sacado nada en limpio. Eso es lo que deseaba decirles. Así es que lo mejor que podrían hacer es dejar que fuera tranquilamente a acostarme...

—¿Acaso vendrán a buscarle si se dan cuenta de su ausencia?—preguntó Rouletabille, asombrado de la sangre fría del mayordomo.

—¡No lo creo, no lo creo!... Soy aquí muy poquita cosa... Además, ha habido esta noche en el castillo demasiado regocijo para que alguien se acuerde de Priski... ¡No, no! El mismo portero de los señores, ese gigante albanés a quien he presentado, se preocupa poco de saber si estoy aún en el torreón, o si me encuentro en mi cama... ¡Pueden estar tranquilos, que no vendrán a buscarme! Ordinariamente no suelen ocurrir las cosas así...

—¿Pues cómo ocurren, querido Priski?

—¡Oh!... Siempre intentan complicarme en una tentativa de evasión que fatalmente fracasa... y acaban por dejar que siga tranquilamente hacia mi cuarto... A veces, sin embargo, se quiere llegar hasta el fin, porque en todas partes hay cabezotas. ¡Y el caso es que a los cabezotas siempre les va mal!... Créanme los señores: la voz del sentido común sale de mi boca... ¡No intenten esca-

par!... ¡Ay, escapar! No puede negarse que es un hermoso sueño...

—¡Querido Priski!—interrumpió Rouletabille—. No se trata de escapar...

—Eso es harina de otro costal... ¿De qué se trata?... Si puedo ser útil a los señores...

—Mire... A la altura en que nos encontramos, haríamos mal en ocultarle nada... ¡Hemos formado el propósito de raptar a Ivana Hanoum!...

Priski se puso en pie como por resorte.

Y con cara trastornada por el espanto, dijo:

—¿Para qué?... ¡Si no pueden y, además, dicen que no quieren escapar!...

—¡Para traerla aquí, señor mayordomo!...

—¿Traerla aquí?... ¡Eso es una locura!... ¿Para qué?...

—¡Ay, querido Priski!... ¡No podemos prescindir de la compañía de las damas!...

—Los señores están locos. Y, como es natural, renuncio a continuar una conversación inútil.

Luego de aquellas palabras, Priski se tendió de nuevo en la cama de La Candeur volviendo el rostro hacia la pared.

—Levántese, Priski... ¡Levántese, o le mato!...

El mayordomo miró a Rouletabille, vió un revólver en la mano del joven, contempló su trágica actitud y se puso en pie.

—¿En serio?

—En serio, querido Priski. Si dentro de una hora no nos ha llevado usted, sin peligro para nosotros, a la habitación de Ivana Hanoum, o al menos lo más cerca posible, ¡dejará usted de vivir!...

—¿Pero saben ustedes lo que están diciendo?—exclamó Priski retorciéndose las manos—. ¿Cómo quieren que

les lleve a una habitación que no conozco?... Esa habitación debe estar en el harén... ¡Y al harén no se puede acercar nadie!...

Atanasio, entonces, tomó la palabra.

—Esa habitación—dijo—no está en el harén. Ivana Hanoum no entrará en el harén hasta mañana. Ahora le están preparando los aposentos de la kadina favorita que ha dejado de serlo...

Priski miró con pasmo a aquel sórdido mulillero al que hasta entonces no había prestado ninguna atención, a quien había tomado por un bajo servidor pomak y que, sin embargo, hablaba francés con una corrección por lo menos igual a la suya. La cara de Priski parecía decir: «¿De dónde sale éste?»

Y dijo:

—Parece usted muy enterado, amiguito.

—Sí—replicó Atanasio sin asombrarse del asombro ajeno—. Mientras ustedes estaban en el saloncito me he mezclado con los soldados y me he enterado de lo que nos convenía saber. Ivana Hanoum, al llegar aquí, fué directamente llevada a la habitación superior de la tercera torre del Oeste. Los soldados, que sólo hablaban del acontecimiento del día siguiente, es decir, del nuevo casamiento de su jefe, señalaban en aquella lejana torre cierta ventana en que brillaba una luz, muy alta, encima de los lienzos de muralla del camino de ronda.

—¡Pues ya sabe usted más que yo!—afirmó Priski—. ¿Qué voy a decirles de nuevo?...

—Vamos a suplicarle en seguida—continuó Rouletabille con voz glacial—lo que deseamos que nos diga... Sabemos dónde se encuentra esa habitación, pero ignoramos cómo se llega a ella. ¡Hay que guiarnos! Nada más.

—¿Nada más?... ¡Esa sí que es buena!.. Hay lo menos dos fosos, tres caminos de ronda, cuatro patios, cuatro muros y otras tantas puertas antes de llegar al pie de esa torre que se encuentra en el espacio reservado para las construcciones que habita Kara bajá... ¡Y eso guardado por gente armada hasta los dientes!...

—¡Precisamente por ello, querido señor Priski, nos dirigimos a usted, que conoce todos los arcanos de este castillo del diablo!

Priski pareció reflexionar profundamente, miró a sus prisioneros (de los cuales era a su vez prisionero), diríase que se preguntó nuevamente con qué clase de locos estaba tratando y por qué peligrosa empresa habían ido a dejarse prender a la tierra de Gaulow, y finalmente sentóse de pronto, rogó a Rouletabille que se metiera el revólver en su bolsillo y declaró que estaba a disposición de aquellos señores.

El ya les había recomendado suficientemente que no se agitaran; por tanto, no habían de achacar a nadie las catástrofes que no dejarían de sobrevenir.

—Interróguenme los señores. ¡Haré lo que quieran!

—Vamos a ver, Priski... ¿Cuántos caminos hay para ir del torreón a la tercera torre del Oeste?—preguntó Rouletabille.

—Tres—contestó el mayordomo cruzando las piernas y echándose hacia atrás con cierta insolencia—. Tres. Ni uno más, ni uno menos. Está el camino general, que era el que yo indicaba hace un momento, y que ustedes no pueden seguir, ya que desde el primer deslunado tropezarían con buena parte de la guarnición...

—¿Qué otro?

—El de las cortinas... Ya sabrán lo que son las cortinas, ¿no? Pequeños caminos aéreos sobre las murallas,

que reúnen entre sí diversas fortificaciones. Por esas cortinas se puede ir a todas las partes de la fortaleza apoyándose en las goteras. Es, pues, «el camino de los techos». De noche sería bastante practicable cuando no hubiese luna llena, a no ser por la necesidad de pasar ante un vigilante que, desde una terraza, está encargado precisamente de vigilar ese camino. De todas maneras, únicamente podrían los señores ir por ese camino a la vuelta. Sí: por él se puede *volver* al torreón, pero no *salir*.

—¿Por qué?

—Porque para aislar por completo el torreón han hecho cortes entre esas cortinas y la camisa del torreón. Las dos cortinas que dan a esa cortina por el Este y por el Oeste, están, pues, separadas por algunos metros de vacío, sobre el que, sin embargo, pueden echarse «puentes levadizos». Y esos puentes levadizos existen... Están sostenidos por cadenas, pero atados a la cortina y no a la camisa del torreón, de manera que desde lo alto de la camisa no pueden ser manejadas, mientras que ese manejo es posible a quien esté en la cortina, es decir, en el castillo, fuera del torreón. Esa disposición, que por cierto es reciente, fué discurrida para el caso en que personas tan distinguidas como los señores tuviesen el capricho de ir a pasear de noche sobre los techos.

—Y ¿cuál es el tercer camino?

—El tercer camino es el de las bodegas o subterráneos, que conozco perfectamente por haberlo frecuentado, al principio, por curiosidad. Puedo hablarles de él con perfecto conocimiento de causa. Por eso he de disuadir a los señores de que lo usen. Sin embargo, tengo que decirles que es el único que les queda.

—¿Tan terrible es ese camino?—preguntó Rouletabille.

—¡Terrible es poco, caballero!...

—¿Qué le ha sucedido en él?...

—Me ha sucedido desmayarme de espanto. Preferiría ser muerto por los señores que volver a empezar semejante viaje. Sin embargo, si tienen mucho interés en ello, les acompañaré hasta una encrucijada muy cercana del lugar en que me desmayé. Pero no pasaré adelante...

—Y ¿dónde está ese lugar en que usted se desmayó?

—Es un extenso pasillo en rampa que hay que atravesar y remontar para volver a la luz del día. Si se consigue eso, se encuentra uno entonces en el barrio de los esclavos... desde donde es relativamente fácil, colgándose de los modillones de la tercera torre del Oeste, llegar a la garita del ángulo. Y, una vez allí, se encuentra uno exactamente encima de la habitación que el señor señalaba antes como de Ivana Hanoum.

—¡Ese es el camino que nos conviene!—exclamó Rouletabille.

—El señor dice eso porque seguramente no sabe de qué se trata... Pero estoy convencido de que hará como el señor Marinetti, un cliente a quien no se le arrugaba el ombligo... Cuando llegó a ese punto, dió media vuelta en redondo sobre sus pasos y, sin falsa vergüenza, vino a buscarme en este cuarto donde me había encerrado de antemano, atándome con un embuchado y amenazándome de muerte si no le procuraba el medio de escapar... Me desató, me rogó que no dijera a nadie nada de su intento, me encargó que le confeccionara un plato de excelentes *raviolis* a la napolitana y tuvo mucha calma hasta el día en que, gracias a la generosidad de una anciana tía, pudo «pagar su cuenta» y marcharse.

—¡Rouletabille!— se atrevió a decir La Candeur—. ¡Rouletabille! Piensa en lo que dice este caballero... No

tiene ningún interés en engañarte... Y lo que nos cuenta es muy impresionante...

—Ese señor Marinetti puede ser un mequetrefe—replicó el repórter.

—Le advierto—indicó Priski balanceándose sobre su asiento de manera cada vez más molesta—que he guardado lo mejor para el final... ¿No han oído hablar los señores de lord Radlan?...

—¿Quién no ha oído hablar de lord Radlan? ¿No es aquel rico inglés, veinte veces millonario, que desapareció hace dos años, durante un viaje por el Mar Negro? Dicen que se ahogó una noche, en Odessa, al entrar en el barco. Pero como no se ha encontrado su cadáver, las compañías de seguros sobre la vida no han querido pagar nada a los herederos, con lo cual se produjeron resonantes pleitos, que aún duran...

—¡Perfectamente! Veo que están al corriente... Pero yo voy a decirles una cosa por si puede ser útil a los señores... Lord Radlan no ha muerto en Odessa. Ha muerto aquí, víctima de una imprudencia. Y yo lo he lamentado mucho... Era un hombre encantador, con una hermosa barba rubia que le llegaba hasta el centro del pecho y que se peinaba todo el día... También a él tuve que indicarle el camino. ¡Y todo lo que le dije no sirvió de nada! Era tan obstinado como el señor (Priski señaló a Rouletabille). También él tenía un revólver; también él amenazaba al pobre Priski... ¿Qué más? Se fué por ese pasillo. ¡Y no volvió!

—¡Quizá fuera porque conseguiría salir!—dijo Rouletabille.

—¡No, señor, no!... ¡No salió!... Se tiene la absoluta seguridad de ello. El *kachaf* de los esclavos me ha dicho repetidamente que se le oyó durante más de ocho días

en el fondo del hoyo del pasillo. Primero gritaba, luego gemía, después agonizaba, finalmente no hizo nada... ¡Esa es la historia de lord Radlan!

—¡Qué terrible!—musitó La Candeur entrecortado—. ¿Y por qué se dejó perecer a un hombre que hubiera podido pagar un rescate digno de un Rothschild? (La Candeur tomaba precauciones.)

—¡Ah!... Ya he advertido a los señores que aquí no se fuerza jamás a la gente... ¡Cada cual tiene libertad para querer su desgracia! Lord Radlan había dicho: «¡Antes morir que daros un penique!» Y murió.

—¿No se podría saber—preguntó Atanasio—cuál es ese sitio peligroso y qué forma tiene?

—Ese sitio—contestó Priski cesando en su insoportable balanceo y dando gran solemnidad a su voz—tiene en lengua pomak un nombre muy estrambótico, algo así como si dijéramos en francés: «no devuelvo nada y me quedo con todo».

—¡Llévenos a ese lugar maldito, Priski!—mandó Rouletabille.

—En seguida, apreciable joven—contestó el mayordomo—. Pero si acaso ama a alguna mujer, déjeme una carta para ella...

—¡Basta de bromas, Priski! ¡Están dando las doce! ¡Ha llegado la hora!

—¡Sí, sí!... Media noche... La hora de los crímenes... ¡Qué prisa! Siganme, pues...

La Candeur sintió ansias de echarse a los brazos de Rouletabille, pero éste le rechazó con mucha brutalidad. El bueno de La Candeur lagrimeaba con egoísmo:

—¿Quieres mi muerte, Rouletabille? ¡Ya sabes que no te dejaré ir solo a semejante subterráneo!... Tendría demasiado miedo si me quedara aquí solo... Pero ¿vas?...

¡No tienes compasión de mí... ¡Vamos, pues, Vladimir!...
¡Está empeñado!... ¡Ay, qué oficio, Dios mío!...

Bajaron todos a la sala de los guardias, adonde les condujo Priski. Allí les enseñó una losa circular con un anillo de hierro.

—¡Ay, Dios mío!—repitió La Candeur—. ¡He ahí la puerta de la tumba!...

Priski pidió a Tondor una barra de hierro, que pasó por el anillo; pero la piedra era muy pesada y no cedía a los esfuerzos.

—¡Ayúdame!—dijo Rouletabille a La Candeur.

Este, con lágrimas en los ojos, se inclinó y levantó la losa con tal facilidad que le valió los elogios del mayor-domo.

—¡Caramba!—exclamó—. ¡Buenos biceps debe tener usted!...

Rouletabille acercaba ya una lamparilla a la negra abertura. Los rayos de luz daban en una escalerilla de hierro que se perdía en la obscuridad.

—Ese es—explicó Priski—el subterráneo que pasa bajo el camino de ronda del torreón y que, luego de atravesar el deslunado y de pasar bajo la pequeña mezcquita, se dirige hacia el *selamlik*. Antaño, permitiría a los defensores del torreón salir del castillo por la parte Oeste de la montaña; pero hoy no existe ninguna salida; solamente se cruza con un pasillo que lleva a ese lugar maldito que, a su vez, termina en el barrio de los clavos.

—¡No devuelvo nada y me quedo con todo!—pronunció La Candeur como un eco fúnebre.

Priski dijo a Rouletabille:

—Déjeme la lámpara y yo les precederé hasta ese pasillo. No puedo hacer más por ustedes,

—Enciéndele una lámpara—ordenó Rouletabille a La Candeur.

Tanto temblaba el gigante, que necesitó la ayuda de Tondor para conseguir lo propuesto. Y cuando hubo encendido la lámpara, declaró que era para él. No se quedaría en la sala de guardia. ¡Tenía mucho miedo!

—¡Pues te necesito aquí!—replicó Rouletabille.

—¿Para qué?

—Para vigilar, para guardarnos las espaldas. Si acaso entra alguien en el camino de ronda, cosa que puedes ver entreabriendo ese ventano, no tienes más que inclinarte cautelosamente y pegar fuego a ese cabo de mecha... ¡Saltará el puente voladizo!... Como seguramente oiremos la detonación, vendremos en seguida... ¿Ves? La cosa es muy sencilla.

—¡Tengo miedo! ¡Prefiero ir contigo! Que se quede Vladimir para entendérselas con la mecha; yo temblaría demasiado; no conseguiría encenderla...

—¡Te ordeno que permanezcas aquí!

Pero cambio de opinión. Al fin y al cabo, era la primera vez que La Candeur se negaba a obedecerle. Así es que, abrazándole, le dijo:

—¡Ven! ¡Eres un valiente!...

—¿Valiente yo?...

Se convino que Vladimir se quedaría en la sala de guardia con Tondor, que continuaba sin comprender nada, y con Modesto, que dormía entre los mulos. En cuanto hubiera el menor motivo de alarma, Vladimir cedería la palabra a la dinamita.

Priski bajó delante. A continuación fué Rouletabille; después La Candeur, que con tal motivo disputó con Atanasio, y finalmente el joven búlgaro.

Dos minutos después, Vladimir, que se había puesto

en acecho junto al agujero, no oía nada ni percibía ningún resplandor. Así es que se fué al ventano de la poterna para observar el exterior. Todo el castillo, tan alborozado y numeroso poco antes, parecía sumido en el más profundo sueño.

Mientras tanto, los otros continuaban su camino subterráneo.

Unos cincuenta peldaños les habían permitido llegar a una galería de dos metros de altura y de metro y medio, poco más o menos, de ancha. El suelo era húmedo y viscoso. De la bóveda caían gotas de agua.

—Son—explicó Priski—de los albañales del deslunado. Hay grietas, pero, como los señores comprenderán, no las arreglan.

Luego de andar cosa de cinco minutos, bajaron otros treinta escalones. Entonces vieron a la izquierda dos sólidas puertas con gruesos clavos, barras de hierro y enormes cerrojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Rouletabille.

—Antiguos calabozos para los condenados políticos.

—¿Cómo?... ¿Para los condenados políticos?

—Sí. El anterior dueño del castillo, el anterior bajá, el que fué derribado por Kara-Selim, parece ser que estuvo encerrado ahí durante once años. Aún puede verse su esqueleto sujeto de la pierna por una enorme cadena. Si quiere verlo, no tiene más que empujar la puerta.

—¡Dejémoslo para otra ocasión!—contestó Rouletabille—. Ahora, ¡avancemos!... Pero, ¡qué ahogo!... El aire se está haciendo irrespirable... ¿Cómo puede ser que a ese desgraciado le costara once años morirse?...

—Eso se preguntaba a menudo Kara-Selim. ¡Y es que hay gente que tiene mucha resistencial!...

Aparte de que el aire era cada vez menos respirable,

el conducto subterráneo se hacía más estrecho. Al cabo de algunos minutos, La Candeur se vió obligado a doblarse para poder andar.

Y llegaron súbitamente a una encrucijada, a una especie de plaza, a la que daban tres pasillos.

—Ya ven ustedes que soy buena persona—dijo Priski—. Les he guiado hasta aquí para que no se perdieran y para que no perdieran el tiempo. Este pasillo lleva hacia la torre del vigilante; este otro, hacia la barbacana; pero ambos están interceptados a sesenta metros de aquí. En cambio, este tercero es el verdadero camino. No tienen más que seguirlo en línea recta. Yo me quedo aquí.

—¡Ca, Priski! Es preciso que venga con nosotros—anunció Rouletabille.

—Pero ¡si yo no puedo serle útil en nada!—dijo Priski echándose a temblar.

—¡Quién sabe!—replicó el periodista—. Además, ¿quién nos garantiza que esos dos pasillos están realmente interceptados y que usted no puede escapar por uno de ellos y dar la alarma en el castillo? ¡Animo, amigo mío!... Un poquitín de valor...

Priski se pegó al muro y juró que no seguiría adelante.

—¡Cárgatelo a la espalda!—mandó Rouletabille a La Candeur.

Y así lo hizo La Candeur, aunque temblaba tanto como Priski.

Priski intentó resistir, pero Atanasio, que cerraba la marcha, atajó aquel capricho aplicando a la frente del mayordomo el frío cañón de un revólver.

—Y ahora a la... ¿cómo se llama eso?...

—A la «no devuelvo nada y me quedo con todo»... ¡Lleva cuidado, Rouletabille!

—No te preocupes... Ya llevo cuidado.

—Es que ese lugar tiene un nombre que no promete nada bueno.

—Debe ser alguna mazmorra... Tiene nombre de mazmorra, ¿verdad?

—Precisamente. Procura, pues, no caer dentro.

—¡Ya sabemos lo que son mazmorras!—continuó diciendo Rouletabille, mientras tanteaba con muchas precauciones el terreno—. ¿Has visitado algún castillo en que el portero no te haya mostrado las mazmorras? ¡Total, un agujero y un pozo!... ¿Y por eso tanta historia?... ¡Eh, Priski! ¿No dice usted nada?...

—¡Ande, ande!... ¡Ya hablaremos dentro de pocol!...

—¿Nos acercamos ya?

—Espere un poquitín... Casi ya hemos llegado...

Y los dientes de Priski emperazon a castañetear espantosamente.

—¡Cáspita!—exclamó La Candeur, que sudaba la gota gorda—. ¡No es nada tranquilizador el inquilino de arriba!...

—¡Cuidado, caballero, cuidado!—masculló Priski—. ¡Ya hemos llegado!...

—¡Alto!—aulló Rouletabille.

Acababa de resbalar en el viscoso suelo, y uno de sus pies había dado en el vacío. La Candeur lo agarró con poderosa mano.

Hacia algún trecho que el subterráneo se había ensanchado. Y Rouletabille acababa de llegar al borde de un agujero, pequeño abismo circular con tres metros de diámetro.

Parecía un profundo pozo, evidentemente más ancho que los enseñados por los guías cuando visitamos los castillos medievales, cuyos restos nos conserva la piedad

de los arqueólogos; pero, al fin y al cabo, no más tétrico ni más temible. Claro está que no había que dejarse caer allí, pero ésa no era la intención de Rouletabille. Arrodióse para ver mejor.

—¡Cuidado! ¡Dios mío! ¡Procura fijarte en lo que haces!—suplicaba La Candeur, que, habiendo entregado a Atanasio la lámpara, sujetaba con una mano a Atanasio sobre la espalda, y con la otra a Rouletabille, a quien no hubiera dejado ni por un imperio.

—¡Vaya un boquetel!—exclamó Rouletabille—. Priski nos había preparado una coartada. ¿Verdad, Priski?

—¡No contesta ni se mueve!—repuso La Candeur—. ¡Quizá esté muerto!

Rouletabille, junto a la mazmorra y con la lámpara en la mano, se inclinó tanto como pudo.

—¡No se ve el fondo!—participó—. Y hace mucho fresco ahí dentro... Quizá haya una corriente subterránea que comunique con el torrente... Pero hay más. ¡Veo por dónde se baja, pero no por dónde se sube!...

Entonces levantó la cabeza y miró hacia arriba.

Inmediatamente soltó la lámpara, que cayó con estrépito en la mazmorra, haciendo resonar lúgubrementemente las paredes a causa del ruido metálico y vítreo. Al mismo tiempo se echó hacia atrás, dando un agudo grito. La Candeur y Atanasio, que se le acercaban, retrocedieron.

Priski se había deslizado a lo largo de la muralla y miraba a Rouletabille sin decir palabra, fijando en él sus ojos sin vida. Rouletabille, apoyado en la pared del subterráneo, respiraba fragorosamente como si le faltara el aire. Sus pupilas parecían extraviarse en las órbitas.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?—preguntaban La Candeur y Atanasio.

La figura de Rouletabille estaba tan descompuesta,

aparecía tan lamentable al resplandor de la lámpara de Atanasio, que La Candeur estaba a punto de sollozar.

—¿Qué te ocurre?

—¡Nadal—contestó el repórter—. ¡Nadal... ¡Ya ha pasado!...

—Pero ¿qué has tenido?

—¡Oh! He tenido miedo...

Y dirigiéndose a Priski, añadió:

—Tiene usted razón, Priski... ¡Es terrible!

Atanasio, sin poderse aguantar, se puso al borde de la mazmorra... También él levantó la lámpara... También él retrocedió y gritó extrañamente... También él volvió hacia los demás con cara de cadáver.

—¡Oh!—dijo—. ¡Oh!

—¡Mira, La Candeur, mira! Es preciso que volvamos a ver eso... Es preciso que nos acostumbremos a ello. ¡Hemos de pasar por ahí!... Además, ya estás avisado; ya sabes que es horrible... ¡Vel!

Pero La Candeur denegaba con la cabeza. No quería ir.

—¡Pues hay que pasar por ahí!

—Pasaremos. ¡Pero yo cerraré los ojos!

—Hay que hacerse el ánimo—recomendó Rouletabille—. Al fin y al cabo, *se trata de muertos*.

—¿Ha visto usted muchas veces muertos como ése—preguntó Atanasio con voz apagada.

—No—contestó Rouletabille—. ¡Jamás!

—Si se trata de muertos—afirmó La Candeur—no me da miedo. ¡Sólo temo a los vivos! Denme la lámpara. Las historias de aparecidos nunca me han dado frío ni calor. No tengo ningún inconveniente en pasar de noche por el cementerio.

La Candeur, echándose las de valiente, cosa en él no

común, se fué, lámpara en mano, hacia la mazmorra, y una vez allí miró arriba.

—¡No sueltes esa lámpara!—le gritó, afortunadamente, Rouletabille.

Por eso no la soltó; pero volvió titubeando y tan pálido como los demás.

—¡Oh!—dijo moviendo la cabeza—. Es la cosa más horrible que he visto en mi vida. Pero no todo son muertos... He oído a uno que respiraba.

—Sí; los hay que pueden respirar días y días—explicó Priski, que recobraba el aliento—. Es más: a veces los hay que os hablan como desde el fondo del otro mundo; y, como es natural, al no ser esperado eso, viene a ser como un latigazo en la nuca, sobre todo cuando uno está a solas. Y ahora que ya hemos visto de qué se trata, vámonos... ¡vámonos!... ¡vámonos!!

—¡En marcha!—ordenó Rouletabille.

—¿Nos volvemos?—imploró La Candeur.

—Tú te volverás con el señor (señalaba a Priski) y continuarás vigilándolo.

—No quiero dejarte, Rouletabille. ¿Qué sería de mí sin ti en este abominable subterráneo?

—No podrán pasar más que los que lleven cuerdas.

—Me prestará la suya el señor Khetew.

Rouletabille, luego de reflexionar, dijo:

—En el fondo, aún puedes sernos útil. ¡Ven, pues!

—¿Y yo?—suspiró Priski—. ¡Déjeme volver al torreón!

—Ya le he demostrado que eso es imposible, querido señor Priski.

—¿Qué va a hacer de mí?

—Tendrá usted que agarrarse al cuello de mi amigo...

¿Verdad, La Candeur?

—No lo rechazo. Caso de que yo cayese, no me vendría mal.

Rouletabille se decidió a volver hacia aquello tan horrible, y se obligó a mirar largo tiempo aquello tan espantoso suspendido sobre su cabeza.

¡Qué visión más infernal!

Como ángeles malos que se precipitaran, parecían caer del cielo cuerpos horriblos, con las manos y la cabeza abajo, en esa posición especial que a veces da el arte al nadador que se zambulle. ¡Nadadores del negro abismo! ¡Buzos de la muerte, cuyas manos, eternamente alargadas, no encontraban más que el vacío! Algunos de aquellos cuerpos no eran más que esqueletos todavía vestidos de harapos sangrientos. Pero la mayoría habían conservado en sus rostros, devastados por el terror, los estigmas supremos de su atroz agonía. Otros parecían tener todavía ojos vivientes: eran unos grandes ojos abiertos como para medir mejor el abismo de la noche interminable; y su boca también estaba muy abierta, como si aún dejara pasar el aullido que había acompañado las primeras horas del fantástico suplicio. Los miembros hallábanse tintos en sangre. La onda de las cabelleras se retorció, a manera de gruesa serpiente, a lo largo de las lívidas sienes. Y el rojo resplandor procedente de la lámpara vacilante, que sostenía un hombre audaz, iluminaba irrealmente aquellas sombras quiméricas, aquellas garfias dispuestas para mudos aullidos, aquellos flancos horrorosamente destrozados. Todos aquellos cuerpos, unos próximos, otros lejanos, tenían el mismo talante de diablos precipitados por la diestra del Dios Padre y que corriesen al averno... ¡Y los sacrílegos exploradores de aquellas catacumbas malditas, al ver por primera vez aquel misterio apocalíptico, tuvieron que huir para evitar

que el formidable racimo de condenados les cayese sobre la cabeza!... Luego volvieron... Y ahora, tanto Rouletabille como Atanasio, procuraban comprender por qué milagro se había detenido la caída, por qué prodigio permanecía suspendida en el vacío aquella gesticulación de ultratumba.

Rouletabille se volvió hacia Priski, enjugando el sudor de su frente.

—Cuando estábamos en el torreón nos dijiste que se podía pasar por ahí... ¿Cómo?

—Sólo hay un medio—dijo Priski tiritando—. Sólo hay un medio. ¡Utilizando la ayuda de los muertos! ¿No ve cómo le tienden la mano?

—¡Oh! ¡Qué cosas dicen!—musitó La Candeur atribulado.

—Son idioteces—replicó Rouletabille—. Serenémonos un poco; procuremos recobrar nuestra sangre fría. Esos muertos, como sucede frecuentemente, han sido detenidos en su caída hacia el fondo de las mazmorras por garfios de hierro. Con el gancho de nuestras cuerdas podemos llegar hasta esos garfios y elevarnos así hasta el orificio de la mazmorra, si los garfios continúan aplicados a las paredes hasta ese orificio.

—No—interrumpió Priski—, no hay garfios hasta arriba; pero, a partir del lugar en que cesan los garfios, hay una estrecha escalera circular que sube hasta la losa. Una vez allí, se puede levantar la losa, que es como la del torreón. Eso no es difícil. ¡Lo difícil es atravesar los muertos!

—De todos modos, vamos a intentarlo—dijo Rouletabille.

Y lanzó por encima de su cabeza el gancho de hierro en que terminaba la cuerda.